
La vigencia de Wundt

Francisco Javier Tirado

Universitat Autònoma de Barcelona

franciscojavier.tirado@uab.es

Se ha tornado difuso, por lo lejano y distante, el momento en que la Psicología Científica dejó de interesarse por Wundt. Su método, su objeto, sus propósitos y la metafísica que los animaba se diluyeron paulatinamente en un océano de datos, lógicas de control y experimentalidad. Sus momentos quedaron como noticias históricas. Más tarde incluso se le arrancó el título de “pionero” que siempre había ostentado su laboratorio.

Mas en la Psicología Social su memoria pervive, con cierto vigor y relativa pujanza. Junto al neokantiano Herbart, las tesis de Herder sobre el relativismo cultural y la *Revista de Psicología de los Pueblos y de las Ciencias del Lenguaje* -aparecida en 1860 y editada por Moritz Lazarus y Herman Steintal- es considerado padre-fundador de la “Psicología de los Pueblos”. Un antecedente fundamental en la corriente irresistible que desembocará en la constitución de la Psicología Social. Su recuerdo es vívido por dos razones. La primera tiene que ver con la vindicación de una Psicología enfrentada al arduo desafío de hacer inteligibles los productos mentales creados por una comunidad: el lenguaje, los mitos, el arte, las costumbres, la religión, la magia... Elementos inexplicables en términos de conciencias individuales ya que suponen la acción recíproca y sus efectos. Y en tal cuestión reside, precisamente, la segunda razón: su reformulación de la noción “Psicología de los Pueblos”. Porque Wundt vuelve a conceptualizar el epígrafe. En su pluma deja de hacer referencia a una suerte de historia y comparativa psicológica de la humanidad y se torna un análisis de los fenómenos mentales como producidos colectivos e históricos. Aparece en escena la noción de “pueblo”. Un protagonista fundamental, que comprende la población geográfica y la unidad principal decisiva para las creaciones esenciales de un colectivo: el espíritu o cultura. Y se bosqueja una apertura hacia métodos interpretativos que poco o nada tienen que ver con la reducción experimental.

De este modo, no debe sorprender que Danziger sostenga una tesis singular: la palabra alemana *völkerpsychologie* no puede traducirse en el caso de Wundt como “Psicología de los Pueblos”. Tal evento no sólo constituye un craso error, es un completo absurdo. La expresión “Psicología Cultural” es más cercana y adecuada a sus propuestas. ¡He ahí la vigencia de Wundt!

El texto que el lector encontrará a continuación es la introducción de una introducción. Sí, efectivamente, el umbral de un preámbulo. Durante veinte años Wundt consigna en más de 53.000 páginas (extensión de sus famosos 10 volúmenes) sus reflexiones y análisis sobre la relación individuo-colectivo. La desmesura de la obra le lleva, no obstante, a redactar otro tomo en el que realiza un bosquejo general e introductorio de su *opus magna*. Es una propedéutica, de hecho. Es el único volumen traducido al castellano hasta la fecha, y la introducción del mismo son las páginas que presentamos.

Recuperar su obra, re-leerlo, no constituye un mero prurito academicista. Es un ejercicio de memoria histórica en una disciplina en la que éstos son necesarios para mantenerse permeable a otras disciplinas y son salvaguarda esencial contra el dogmatismo y la carencia de crítica. Y, ciertamente,

constituye la exposición de una agenda temática para una concepción no reduccionista de la Psicología Social.

Como mencionaba hace un instante, donde aparece el título *Elementos de Psicología de los Pueblos* resulta mucho más interesante leer *Elementos de Psicología Cultural*. Así, y sólo así, se aprehenderá en todo su valor el espíritu de lo adelantado por Wundt. Como nos recuerda en esta introducción de su bosquejo general: “todos los fenómenos de los que se ocupan las ciencias psíquicas son, de hecho, productos de la colectividad”. Y, del mismo modo, que la colectividad es, de facto, recíproca influencia. Y, también, que la Psicología de la Evolución debe atender el desarrollo cultural de los colectivos. Y, en efecto, que “pueblo” es una noción necesaria para tornar inteligibles otros conceptos, como por ejemplo los de familia, clase, estirpe o grupo, e imprescindible para analizar las producciones de un colectivo. Y que es necesaria la complementariedad con la Etnología y la Etnografía. Y que es posible “disponer los hechos, no en secciones, usando de la metáfora anterior, longitudinales, sino en sentido transversal...” Y, finalmente, que “para nosotros, se trata únicamente de mostrar los motivos psicológicos esenciales por los que se ha formado de lo originario lo posterior, de lo primitivo lo más perfecto, en parte bajo la violencia de las condiciones exteriores de la vida, en parte en virtud de la propia fuerza creadora del hombre.”

Todo esto son razones para entender la impronta de Wundt en autores como Durkheim, la obra que firmará Lindner con el título de *Ideas sobre una psicología de la comunidad como fundamento de la ciencia social*, o los trabajos de microsociología de Gabriel Tarde. Para entender la tesis de Danziger... y la vigencia de Wundt.

Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad

Wilhelm Wundt

Introducción al libro:

Wundt, W. (1926). *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad*. Madrid: Daniel Jorro. (pp.1-10)

Introducción

El término “Psicología de los pueblos (*Wölkerpsychologie*) es un neologismo de nuestra lengua, que no aparece hasta la mitad del siglo XIX y; aún entonces, entra con dos significaciones esencialmente diversas. La primera como un conjunto de consideraciones psicológico-etnográficas referentes a las cualidades intelectuales, morales y otras de orden psíquico de los pueblos en el respecto de las

relaciones que guardan entre sí, y con el espíritu de la Política, el Arte y la Literatura. Tratábase igualmente de una caracterología de los pueblos actuales y de otros pueblos cultos de especial interés para nosotros, como el francés, el inglés, el alemán, el americano, etc., y era durante el período conocido en la historia de la Literatura con el nombre de la "joven Alemania". Buen ejemplo de aquellos estudios psicológico-etnográficos son los ingeniosos ensayos de Carlos Hillebrand sobre "Tiempos, pueblos y hombres" (ocho volúmenes, hasta 1885). Consignemos, desde luego, que nuestro estudio se ha de separar radicalmente de esta dirección.

Casi al mismo tiempo aparece la segunda significación del nuevo vocablo, esencialmente distinta de la primera. Las ciencias del espíritu comenzaron a sentir la necesidad de acercarse a la Psicología y, allí donde no era ésta utilizable, hubo de crearse una cimentación especial de tipo psicológico independiente. Así amasáronse trabajos e investigaciones filosóficas y mitológicas aportados del estudio del lenguaje, de la Religión y de las costumbres, proyectándolos sobre el problema de la evolución espiritual del hombre. Y fueron un filósofo y un lingüista quienes para los peculiares estudios, aplicados al orden indicado, acuñan el término de "Psicología de los pueblos". Todos los fenómenos de los que se ocupan las ciencias psíquicas son, de hecho, productos de la colectividad (Völksgemeinschaft); así el lenguaje no es la obra casual de un individuo, sino del pueblo que lo ha creado, y hay, en general, tantas lenguas distintas cuantos pueblos originariamente existen. Lo propio sucede con los orígenes del arte, de la mitología y de las costumbres. Las llamadas en otro tiempo religiones naturales, como la griega, la romana, la germánica, son, en verdad, religiones populares; cada una de ellas es, si no en todas sus particularidades al menos en conjunto, propiedad de una colectividad. A nosotros nos parece extraña esta apreciación porque pertenecemos a una época que, en aquellas creaciones generales del espíritu, ha traspasado hace mucho tiempo los límites de la nacionalidad particular. Esto no implica, sin embargo, que la colectividad popular no sea, por lo general, el hogar originario de estas espirituales creaciones. Y, aunque en los trabajos de Lazarus y Steinthal y en la "Revista de Psicología de los pueblos y de Filología" que desde 1860 dió veinte volúmenes, no estaba aún, a la verdad, fijado el concepto moderno, sin embargo, el impulso estaba dado ya, y el nuevo camino, desde diferentes puntos, comenzó a seguirse con éxito. Insegura, en cierto modo, era especialmente la relación con la Filosofía, así como con el método que la Psicología tenía que seguir en esta transferencia al nuevo dominio. El cambio comenzó cuando la especial consideración psicológica fué ganando terreno en los dominios particulares. Así, pues, habremos de considerar hoy a la Psicología de los pueblos como una parte de la Psicología, sobre cuya justificación y objeto no cabe va dada alguna. Este problema repítese en todas las cuestiones espirituales que resaltan de la vida humana en común y que no pueden ser explicadas únicamente por las propiedades de la conciencia individual, pues suponen la influencia recíproca de muchos. De hecho encontraremos siempre en lo sucesivo este carácter como base para el criterio de lo psicológico-etnográfico. Nunca puede una lengua 'ser creada por un solo individuo. El esperanto y otras lenguas artificiales han sido positivamente inventadas por un individuo; pero, si no hubiera existido ya el lenguaje, estas invenciones, no podrían conservarles, dado que viven principalmente de empréstitos a las lenguas naturales. ¿Cómo podía haber sido creada por un solo individuo una religión? Conocemos individuales fundadores de religiones (del Cristianismo, el Budhismo, el Islamismo); pero éstas se levantan sobre los fundamentos de religiones precedentes, y no son sino desenvolvimientos ulteriores de motivos religiosos que habían nacido dentro de determinadas colectividades. Así es, pues, también la Psicología de los pueblos, en el análisis de los procesos espirituales superiores, una totalización de la Psicología de la conciencia individual, viéndose, en muchas cuestiones precisada a traer a colación los motivos psicológico-etnográficos. Tampoco debemos olvidar que, así como la colectividad sólo consiste en individuos que entran en recíproca

influencia, así la Psicología de los pueblos presupone, por su parte, la individual o la general, como ordinariamente se la llama. Por esto también es aquélla una importante totalización en cuanto que pone a nuestra disposición los medios auxiliares para llegar a procesos más complicados de la conciencia individual. Con frecuencia se ha hecho el ensayo de fundamentar las funciones complejas del pensamiento sobre la mera auto-observación, habiendo quedado en todo tiempo sin resultado. Una historia de la evolución del pensamiento humano. no puede darnos, en general, una Psicología de la conciencia individual, ya que ésta hállase bajo la influencia de una prehistoria, sobre la cual esta misma psicología individual ninguna luz puede arrojar. Por eso es también erróneo pensar que la Psicología del niño podría resolver estos últimos problemas de la Psicogénesis. El niño de un pueblo civilizado está rodeado de influencias que nunca pueden ser separadas de aquello que nace espontáneamente en su conciencia. Por el contrario, la Psicología de los pueblos nos conduce a la consideración de los diferentes grados de evolución psíquica, que la Humanidad, aún hoy, ofrece al camino de una verdadera Psicogénesis. Por el conocimiento de los estados primitivos en sí cerrados, llégase, mediante una continua serie de grados intermedios, a tender puentes sobre culturas más complicadas y superiores. Así es la Psicología de los pueblos, en el sentido principal de la palabra, Psicología de la evolución (*Entwicklungspsychologie*).

Atendiendo a esta consideración se ha objetado contra la palabra Psicología de los pueblos, porque en ella, no solamente se trata de los pueblos, sino también de asociados más estrechos, o más amplios; tales la familia, el grupo, la estirpe, comunidades limitadas, ciertamente, y, además, ocupase de los más altos valores y aportaciones psíquicas en las conexiones y recíproca influencia de una multitud de pueblos; de suerte que así esta Psicología se amplía hasta constituirse en una Psicología de la Humanidad. Se comprende que un nombre como éste sólo puede formarse teniendo en cuenta la importancia del concepto, sin lo cual perderíase en lo indeterminado.

Tal denominación es más adecuada que cuantas se han propuesto para sustituirla. "Psicología de la colectividad" (*Gemeinschaftspsychologie*) puede fácilmente suscitar la equivocación de que se trate preferentemente de sociedades cultas. "Psicología social" recuerda, desde luego, la "Sociología" moderna, que se mueve aún, en sus consideraciones psicológicas generales, en el campo de la vida cultural moderna. En la evolución general de la vida del espíritu (que es lo más importante) el "pueblo" destácase como concepto unitario fundamental en el que todos los otros van a insertarse. Dentro del "pueblos" hállanse familias, clases, estirpes y grupos. Del concepto "pueblo" no están excluidos estos particulares, en cuanto que la palabra, no solamente comprende la población, sino también el concepto principal decisivo para las creaciones fundamentales de la colectividad.

Ahora bien; de este punto de vista nace la cuestión de si lo que asignamos aquí como objeto a la Psicología de los pueblos está separado o se debe separar' de la Etnografía, de la Etnología. Sin embargo, hay que reconocer que precisamente la gran ampliación del horizonte de la moderna Etnología, unido al aumento y la profundización de sus temas, excluye necesariamente la consideración psicológica implicada en la Psicología de los pueblos. Debo recordar aquí a un hombre que ha contribuido más que ningún otro de los modernos geógrafos a esta ampliación de los asuntos etnológicos: refiérome a Federico Ratzel. En su Antropogeografía y en muchos estudios particulares sobre los productos culturales de los pueblos, ha mostrado que la Etnología, no sólo debe dar razón de las cualidades y habitación de los pueblos, sino que ha de investigar también cómo han nacido los pueblos y cómo han conseguido sus hábitos básicos y espirituales de hoy. La Etnología es una ciencia del origen de los pueblos, de sus cualidades y de su expansión sobre la tierra. Los caracteres psicológicos desempeñan en la conexión de estos temas papel relativamente subordinado. Pequeños

productos artísticos pueden ser significativos en alto grado para la fijación de las particulares inmigraciones, mezclas y transferencias. Por esto la Etnología ha venido a ser disciplina esencialmente auxiliar de la Historia, especialmente de la prehistoria de la Humanidad. El problema capital de la Etnografía es la determinación, no solamente de cómo los pueblos son en la actualidad, sino de cómo han venido a ser, de cómo han cambiado y se han diferenciado. Sobre tales resultados debe apoyarse la Psicología de los pueblos, cuyo interés propiamente psicológico se encuentra del lado de la evolución espiritual. En ésta pueden, pueblos de distinta procedencia, en virtud del grado espiritual en que se encuentren, influirse mutuamente. Y hasta pueden darse pueblos, parientes en el orden etnológico, que aparezcan, según los caracteres psicológicos, en grados completamente diversos en la formación espiritual. Para el etnólogo son, por ejemplo, los magiares y los ostiacos del Obi, pueblos de la misma procedencia, en tanto que psicológicamente pertenecen a diversos dominios: los unos con un pueblo culto, los otros se encuentran en un estado relativamente primitivo. Lo "primitivo" significa para el psicólogo de los pueblos muy otra cosa que para los etnólogos, atentos siempre a la genealogía. Si la Psicología de los pueblos nútrese de la Etnología, ésta debe consultar a aquélla en la consideración de las cualidades espirituales, no obstante tener ambas, materias de estudio fundamentalmente diversas.

Así, pues, puede la Psicología de los pueblos seguir diferentes caminos: el más próximo es estudiar los importantes fenómenos de la vida conjunta sucesivamente y seguirlos en su evolución, como acostumbra a hacerlo la Psicología general en su análisis de la conciencia individual. Desde luego ha de preocuparse de exponer la evolución psicológica del lenguaje valiéndose de los hechos de la historia de aquél. A esta Psicología del lenguaje puede seguir la evolución del arte desde sus comienzos entre los primitivos hasta el arte inicial de los pueblos cultos, cuya más amplia consideración corresponde a la historia del Arte. Igualmente han de ser investigados los mitos y la religión en la formación de sus motivos, en su dependencia recíproca, etc. Es éste un método en el que el estudio, a través de toda la corriente de la evolución psicológica de los pueblos, se dispone, por decirlo así, en secciones longitudinales. Para un análisis que aspire a ahondar más, no es este camino el de elección. Tiene el inconveniente de despedazar la evolución espiritual en un número de evoluciones especiales, cuyos miembros, no obstante, aparecen por todas partes los unos después de los otros. Sobre todo en los primeros grados son, de hecho, tan estrechas las relaciones de los particulares dominios de la vida espiritual, que apenas pueden separarse unos de otros. El lenguaje está influido por el mito; el arte es una parte integrante de la evolución de los mitos; las costumbres y los usos están por todas partes influidos por el pensamiento mitológico.

Es posible un segundo camino, que será el escogido en la exposición de esta obra. Consiste en disponer los hechos, no en secciones, usando de la metáfora anterior, longitudinales, sino en sentido "transversal", o sea considerando los grados principales de la evolución psicológica de los pueblos a la par y en cada grado de la conexión general de sus fenómenos. Así aparece como primer asunto el estudio del hombre primitivo. El pensamiento, las creencias y las acciones del primitivo han de ser estudiados a la luz de los hechos de la Etnografía desde el punto de vista psicológico. En los grados ulteriores pueden suscitarse, a la verdad, dificultades en orden a la limitación de los particulares períodos; mas, teniendo en cuenta la continuidad de los procesos, apenas si es posible eludir cierta arbitrariedad. Tampoco la vida del hombre individual se divide en períodos cerrados. Como la niñez, la juventud y la virilidad pasan de una a otra continuamente, así también sucede con los grados de la evolución psicológica de los pueblos. Con todo, hay ciertas representaciones, sentimientos y motivos de la conducta, en torno de los cuales pueden ser agrupados los fenómenos, los cuales deben hacerse resaltar como motivos centrales a fin de obtener una división conveniente en períodos, de los

fenómenos de la Psicología de los pueblos. Por lo demás, conviene dejar sentado que, aunque el hombre primitivo sea el punto de partida natural de una tal consideración, el concepto mismo de “primitivo” posee sólo significación relativa en cuanto que representa el ínfimo grado de la cultura, especialmente de la espiritual. No hay ningún carácter etnológico determinado que pueda distinguir a este primer estadio, de la ulterior evolución; solamente una suma de cualidades psicológicas que, precisamente por llevar en sí el carácter de lo originario, constituye a un tiempo mismo el concepto del primitivo. En este sentido hemos de describir primeramente los caracteres exteriores de la cultura primitiva y después los motivos psicológicos de la vida humana en tal época.

A este estadio anúdase un segundo período, del que bien cabe decir que, en muchos respectos, es para nosotros un mundo redescubierto, ya que por las narraciones históricas nada podía saberse de él. Débese a la Etnografía moderna la ingente labor de haber descifrado los fenómenos que en las más apartadas regiones de la tierra pertenecen a este período, al que llamaremos totemístico, nombre del descubrimiento de un mundo sumergido, ya que la palabra “tótem”, tomada de una de las lenguas americanas, careciendo de significado en nuestras lenguas culturales europeas, refiérese a un estado del que no conservan éstas memoria lingüística. En cuanto cabe definirlo, el totemismo corresponde a un mundo de representaciones dentro de las cuales al animal toma, con relación al hombre, una posición completamente opuesta a la que tiene en la cultura actual. En el período totemístico predomina, no el hombre sobre el animal, sino el animal sobre el hombre. El excita con su acción e impulsos la admiración, el temor y el respeto. Las almas de los antepasados viven en él, por lo que se convierte en antepasado del hombre. Su carne está prohibida a los pertenecientes a la estirpe que lleva su nombre; en ocasiones festivas, la comida del animal del totem es una sagrada operación del culto. No menos se ingiere el pensamiento totemístico en la organización de la sociedad, en la desmembración de las estirpes, en las formas del matrimonio y de la familia. Sólo varios residuos pasan del círculo conceptual de este período al tiempo subsiguiente: así en los animales sagrados de los babilonios, egipcios y otros antiguos pueblos cultos, y en los presagios que se atribuyen a las cualidades u operaciones de los animales y en otras representaciones mágicas que se anudan a particulares animales.

De la cultura totemística se pasa en sucesión continua a un tercer período: que llamaremos de los héroes y los dioses. Ya dentro de los grados precedentes se prepara la desmembración de las estirpes, y la formación del señorío de un individuo. Este período, de existencia transitoria al principio, llega a consolidarse. La situación del príncipe en la época totemística, aun secundaria, gana en poder, al adquirir la comunidad de estirpes, bajo la influencia de las luchas contra las tribus enemigas, una organización guerrera: así la sociedad evoluciona hacia el Estado. En la guerra, y aun en la dirección del Estado en tiempo de paz, entran hombres que se elevan bastante sobre la medida de los antiguos príncipes y, simultáneamente, por sus cualidades se oponen entre sí como personalidades de carácter típico. Así se coloca en el lugar del más anciano de la estirpe y del príncipe de la tribu del período totemístico el héroe de este nuevo tiempo. El período totemístico conoce solamente narraciones cuentiformes que poseen el carácter de los mitos y que tratan, no rara vez, de antepasados animales que han traído el fuego, enseñado la preparación de los elementos, etc. El héroe alabado como general en el combate pertenece a otro mundo; la canción heroica da su imagen fiel en la epopeya. Los héroes de Homero son siempre, teniendo en cuenta su situación exterior, en lo esencial, príncipes de las tribus. El ampliado escenario de la lucha eleva al general, con cualidades mayores por él forjadas, a la categoría de héroe. Con la evolución de la poesía se transforman y enriquecen también las formas del lenguaje. A la epopeya siguen el arte plástico y el dramático. Todo esto hállase también estrechamente unido al origen del Estado, que ahora hace

retroceder a las más primitivas formas gentilicias de la época anterior. Con esto cambian las costumbres y el culto. Con los héroes y Estados nacionales nacen las religiones nacionales; y, en cuanto la mirada de estas religiones se dirige, no ya a los próximos contornos, el mundo animal y el de las plantas, sino principalmente al cielo, se va desarrollando la imagen de otro mundo superior más perfecto. Como el héroe es el hombre ideal, así se convierte el dios en héroe ideal y el mundo celeste en una elevación ideal del mundo terráqueo.

Por último, a éste añádese un cuarto período. El Estado nacional y la religión nacional no constituyen límite duradero para el esfuerzo del espíritu humano; las asociaciones nacionales se convierten en humanas. Así comienza una evolución en la que nos hallamos todavía. Se puede por esto designar también como transitoria. Solamente podemos hablar hoy de una evolución hacia la Humanidad, no de la Humanidad. Aquella evolución comienza en el momento en que caen los límites de las concepciones religiosas de los pueblos, que son las que principalmente influyen en su separación. Por eso es uno de los más significativos síntomas de la historia espiritual el que, sobre todo en la Religión, tenga lugar aquella ampliación sobre el más estrecho ambiente de los pueblos. Las religiones nacionales o religiones naturales de los grandes pueblos de la antigüedad, como ordinaria y erróneamente son llamadas, tienden a superarse a sí mismas para convertirse en religiones de la Humanidad. Conocemos tres de estas religiones mundiales: el Cristianismo, el Islamismo y el Budhismo, acomodándose cada una de ellas a una determinada parte de la Humanidad en relación a su carácter e historia. Destácase esto primeramente en la oposición entre Cristianismo y Budhismo, aunque sus esfuerzos hacia la catolización tanto coincidan. Pero este esfuerzo hacia la catolización es un síntoma interno, al que corresponde como síntoma externo, paralelamente, el ensanchamiento de los Estados nacionales sobre sus originarios límites trazados por la unidad troncal. A él corresponden aquellas influencias recíprocas de los pueblos cultos en la vida económica, como en las costumbres, arte y ciencia, que prestan a la sociedad humana su carácter mixto de motivos nacionales y universalmente humanos. El helenismo y el Imperio romano son para la evolución espiritual de los pueblos de Occidente las exteriorizaciones más significativas de estos fenómenos. ¡Cuán honda es la diferencia entre el comercio casero de mero cambio del primitivo, que de noche se desliza por entre la selva virgen depositando sigilosamente la cobrada pieza para cambiarla, sin ser visto por sus vecinos, por armas y adornos, y el cambio comercial de una época en la que las flotas surcan los mares, como dentro de poco cortarán el aire los dirigibles, uniendo así a los pueblos de todas las partes del mundo en una gran comunidad de comercio! No puede ser nuestro tema describir en su amplitud total esta evolución que encierra en sí la historia de la Humanidad. Para nosotros, se trata únicamente de mostrar los motivos psicológicos esenciales por los que se ha formado de lo originario lo posterior, de lo primitivo lo más perfecto, en parte bajo la violencia de las condiciones exteriores de la vida, en parte en virtud de la propia fuerza creadora del hombre.